

su sepulcro en el monte Sion, y por otra parte se echa de ver el cincel griego en los adornos de los sepulcros de los reyes.

Josefo, á quien es preciso recurrir en esta cuestion, hace mencion de tres célebres mausoleos.

El primero era el de los Macabeos construido por su hermano Simon: "Era, dice Josefo, de mármol blanco y terso, y tan alto, que se distingue desde lejos. Las bóvedas son en forma de pórticos, y son de una sola pieza las columnas que las sostienen. Y para dar á conocer que allí yacian siete personas, añadió siete pirámides de una prodigiosa elevacion y belleza." (*Antiq. Judaic.*)

El primer libro de los *Macabeos* hace poco mas ó menos la misma descripción de este sepulcro; pero añade que estaba en Modin; de manera que se veia desde el mar: *Ab omnibus navigantibus mare*. Modin era una ciudad edificada cerca de la que despues se llamó Diospolis, sobre un monte de la tribu de Judá. El monumento de los Macabeos existia aun en tiempo de Eusebio y del mismo San Gerónimo. Como quiera que sea, los sepulcros de los reyes, que están á la entrada de Jerusalem, á pesar de sus siete departamentos fúnebres, no pueden haber pertenecido á los príncipes Asmonéos.

Josefo añade á continuacion, que Elena, reina de Adiabena, hizo levantar á dos estadios de Jerusalem tres pirámides fúnebres, donde fueron depositados sus restos y los de su hijo Izate, por disposicion de Manabazes. El mismo historiador, trazando en otra obra (*De Bell. Judaic.*) los límites de la santa ciudad, dice que las murallas pasaban al Septentrion por frente del sepulcro de Elena. Todo esto conviene perfectamente á los sepulcros de los reyes, los cuales, segun Vilalpando, estaban adornados con tres pi-

ramides, y se hallan aún al Norte de Jerusalem, y á la misma distancia que marca Josefo. San Gerónimo hace mencion tambien de este sepulcro, y los sábios se que han ocupado de la descripción de este mismo monumento, han citado un pasaje bastante curioso de Pausanias,<sup>1</sup> á quien ciertamente parece extraño citar hablando de Jerusalem. Sin embargo, he aquí el pasaje que merece todo crédito, porque el texto de Godoyn concuerda fielmente con la versión latina:

"El segundo sepulcro se hallaba en Jerusalem... y era el de una mujer judía llamada Elena. La puerta del sepulcro, que era de mármol, así como lo restante de la obra, se abria por sí misma cierto dia del año y á una hora dada, por medio de una máquina, y luego volvia á cerrarse. Hubiera sido preciso romperla, si se hubiera tratado de abrirla en cualquier otra época del año."

Esta puerta, que se abria y cerraba por medio de una máquina, parece convenir á las puertas extraordinarias de los sepulcros de los reyes. Suidas y Estéban de Bizancio, hablan de un viaje de Pausanias á Fenicia y Siria; y acaso hubiéramos podido resolver muchas dudas; si llegaran hasta nosotros los pormenores de aquel viaje.

Haciéndonos cargo de los pasajes reunidos del historiador judío y del viajero griego, deberiamos concluir que los sepulcros de los reyes no son mas que el monumento de Elena; pero todavía no se puede disipar esta conjetura en pro, por la presencia de un tercer monumento.

Josefo habla de ciertas grutas que llama las *Cavernas*

<sup>1</sup> El abate Guénée lo ha indicado tambien en sus excelentes Memorias, y dice que en otra Memoria tratará estensamente sobre este pasaje: lo ha ofrecido; pero como ha pasado mucho tiempo ya, será sensible que no lo pueda cumplir.

*reales*, según la tradición literal de Arnaldo d'Andilly; pero desgraciadamente no las describe; sin embargo, las coloca al Septentrion de la santa ciudad, y muy cerca del sepulcro de Elena.

Resta, pues, saber quién fué el príncipe que hizo abrir estas grutas ó cavernas de la muerte, cómo estaban decoradas y de quiénes eran las cenizas que encerraban. Josefo, que con tanto cuidado enumera las obras principiadas ó concluidas por Herodes el Grande, no cuenta en este número los sepulcros de los reyes; y solo dice que habiendo muerto Herodes en Jericó, fué enterrado en Herodium con gran pompa y magnificencia. Por consiguiente, la sepultura de este príncipe no está en las cavernas reales; pero una frase de este historiador podrá ilustrar bastante esta discusión.

Hablando de la muralla que hizo Tito levantar, dice Josefo, que volviendo esta muralla hácia la region boreal, encerraba en su recinto el *sepulcro de Herodes*; y esta es la posición que ocupan las *Cavernas reales*. Acaso pudieran éstas llevar promiscuamente el nombre de *Cavernas reales* y de *sepulcro de Herodes*; pues no parece creíble que este Herodes fuera el Herodes Ascalonita, sino Herodes el Tetrarca, el cual fué un príncipe espléndido, que hizo edificar las dos ciudades de Seforis y Tiberiades; y aunque Calígula lo desterró á Lyon,<sup>1</sup> podia muy bien haberse mandado hacer un sepulcro en su misma patria. Filippo, su hermano, le dió acaso el modelo de estos edificios fúnebres.

De los monumentos con que Agripa adornó á Jerusalem apenas queda rastro alguno.

Cuanto acabo de manifestar es lo que respecto de esta

<sup>1</sup> Joseph, *Ant. Jud.*, lib. XVIII; Strab., lib. XVIII.

cuestión he hallado de mas satisfactorio, y he creído conveniente estenderme hasta este punto, porque los críticos lejos de poner en claro la cuestión, la han complicado mas y mas. Los antiguos peregrinos que visitaron el sepulcro de Elena, lo confunden con las Cavernas reales; y los viajeros modernos que no han hallado el sepulcro de la reina Adiabene, dan el nombre de este sepulcro á las sepulturas de los príncipes de la familia de Herodes. De todo esto resulta una estraña confusión, confusión aumentada por la misma erudición de los escritores piadosos, que han querido colocar las cenizas de los reyes de Judá en las grutas reales, sin que para ello tuvieran en su apoyo ninguna autoridad de peso.

La crítica del arte, pues, y los hechos históricos nos obligan á colocar los sepulcros de los reyes en la clase de los monumentos griegos de Jerusalem. Estos sepulcros eran muy numerosos, y la posteridad de Herodes se estinguió muy pronto; por manera que muchos quedaron vacíos; y así, para conocer toda la vanidad de nuestra naturaleza, solo me faltaba ver los sepulcros destinados para hombres que no han nacido aún. Ni hay cosa que forme mayor contraste que el hermoso friso trabajado por el cincel griego sobre la puerta de estas formidables bóvedas donde descansaban las cenizas de los Herodes. La memoria de estos príncipes escita las ideas mas trágicas y terribles, pues solo los conocemos bien por haber dado muerte á Mariamme ó Mariene, por la degollación de los Inocentes, por la de San Juan Bautista, y por haber condenado á muerte á Jesucristo. Y no era de esperar el que sus sepulcros estuviesen adornados con ligeras guirnaldas en medio de los espantosos campos de Jerusalem, no lejos del templo donde

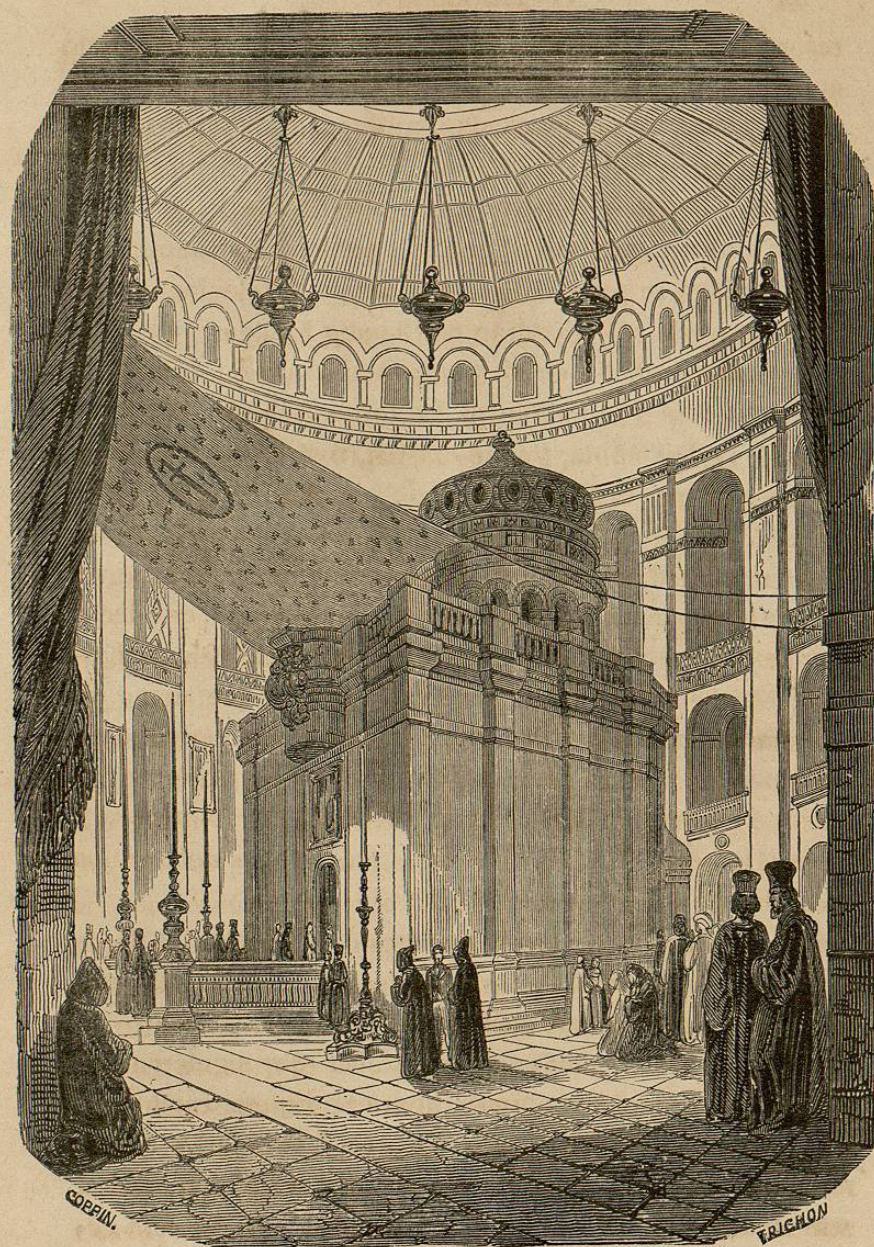
resonaban los terribles oráculos de Jehová, y cerca de la cueva donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones*.

Mr. Casas ha representado muy bien estos monumentos en su *Viaje pintoresco de Siria*, aunque no tenía noticia de una obra mas posterior de Mr. Mayer. La mayor parte de los viajes á la Tierra Santa se publican con láminas y viñetas; pero es preciso distinguir las de la relacion del padre Roger, que tal vez serán de Claudio Mellan.

Los otros edificios de los tiempos romanos en Jerusalem, como el teatro y el anfiteatro, las torres Antonia, Hippicos, Phaselo y Psephima, ya no existen, ó á lo menos no se hallan mas que informes ruinas.

Pasemos ahora á la tercera clase de monumentos de Jerusalem, cuales son los del cristianismo antes de la invasion de los sarracenos. Pero de estos poco tengo ya que decir, porque lo hice cuando describí los Santos Lugares: me bastará, pues, con hacer una observacion, y es, que como estos monumentos deben su origen á cristianos que no eran judíos, no conservan nada del carácter entre griego y egipcio que observé en las obras de los príncipes Asmoneos y de los Herodes, pues son unas iglesias griegas del tiempo de la decadencia del arte.

La cuarta especie de monumentos de Jerusalem es la de los que pertenecen al tiempo en que fué tomada esta ciudad por el califa Omar, sucesor de Abubeker, y tronco de la familia de los Omiadas. Los árabes que siguieron los estandartes del califa se apoderaron del Egipto; estendiéndose por las costas del Africa, pasaron á España, y llenaron de mágicos palacios á Granada y á Córdoba. En el reinado de Omar debemos pues fijar el origen de esta arquitectura árabe, cuya obra maestra es la Alhambra, así como el Parthenon lo es de la arquitectura griega. La mez-



quita del templo de Jerusalem, comenzada por Omar, ensanchada por Abd-el-Maleck, y reedificada bajo un nuevo plan por El-Oulid, es un monumento muy curioso para la historia del arte entre los árabes. No se sabe aún sobre qué modelos se levantaron aquellos palacios encantados, cuyas ruinas se conservan en España, y sin duda que se me agradecerá que diga algunas palabras sobre asunto tan nuevo y tan poco estudiado hasta ahora.

Destruído el primer templo de Salomon seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo, fué reedificado despues de los setenta del cautiverio por Josué, hijo de Josedé y de Zorobabel, hijo de Salathiel: Herodes Ascalonita restableció enteramente de nuevo este segundo templo; para lo cual, durante nueve años, hizo trabajar á once mil obreros. Las obras fueron admirables, pero se concluyeron mucho tiempo despues de la muerte de Herodes. Habiendo rellenado los judíos los precipicios que habia allí, y cortado la cumbre de un monte, formaron, en fin, aquella espaciosa llanura donde estaba el templo, al Oriente de Jerusalem, sobre los valles de Siloé y de Josafat.

Cuarenta dias despues de su nacimiento fué Jesucristo presentado en este segundo templo, y en él fué purificada la Virgen. A los doce años de su edad, el Hijo del Hombre enseñó en él á los doctores, arrojó de allí á los que tenían tiendas, le tentó en él inútilmente el diablo, perdonó los pecados de la mujer adúltera, y propuso la parábola del buen pastor, la de los dos hijos, la de los viñadores y la del banquete nupcial. En este mismo templo fué donde entró en medio de gente que llevaba palmas y ramos de oliva en las manos el dia de la fiesta de los Ramos; y en fin, en él dijo aquello de *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo.*

Habiendo Tito tomado á Jerusalem el año segundo del reinado de Vespasiano, no quedó piedra sobre piedra del templo en que Jesucristo obró tantas maravillas, y cuya ruina habia pronosticado. Cuando Omar se apoderó de Jerusalem, parece que el espacio del templo, escepto una pequeña parte, habia sido abandonado por los cristianos. Said-ebu-Batrik,<sup>1</sup> historiador árabe, cuenta que el califa Ilaanó al patriarca Sofronio, y le preguntó cuál sitio de Jerusalem seria el mas acomodado para edificar una mezquita, y Sofronio lo llevó á las ruinas del templo de Salomon.

Contento Omar con fundar su mezquita en un paraje tan famoso, lo hizo limpiar, y quitando la tierra, se descubrió una gran piedra, que sin duda era en la que Dios habló á Jacob. La nueva mezquita tomó el nombre de esta piedra, llamándose por lo tanto, *Gameat-el-Sakhra*, llegando á ser para los musulmanes casi tan sagrada como las mezquitas de Meca y de Medina. El califa Abd-el-Maleck aumentó los edificios de la mezquita; de modo que la piedra vino á hallarse dentro de ella. Su sucesor el califa El-Louid hermoseó aun mas el Sakhra, y lo cubrió con una media naranja de cobre dorado, que quitó de una iglesia de Balbek. Los cruzados convirtieron luego esta mezquita en templo de Jesucristo, y cuando Saladino reconquistó á Jerusalem, volvió á convertir el templo en mezquita.

Pero ¿cuál es la arquitectura de este edificio, tipo ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Difícil es responder con seguridad á esta pregunta. Los árabes, á causa de sus costumbres despóticas y celosas, han reservado los adornos para la parte interior de sus edificios

<sup>1</sup> Es Eutichio, patriarca de Alejandría. Tenemos sus *Anales árabes* impresos en Oxford, con una versión latina.

públicos, y han puesto pena de muerte no solo á todo cristiano que entre en el *Gameat-el-Sakhra*, sino tambien al que ponga los piés en el átrio que la rodea. Lástima es que el embajador Deshayes, por una vana delicadeza diplomática, rehusase entrar en esta mezquita, cuando los turcos voluntariamente se lo permitian. Voy á describir la parte exterior.

Por una ventana de la casa de Pilatos se ve la gran plaza de la mezquita, que antes lo era del templo.

Esta plaza forma una especie de lonja ó átrio que puede tener unos quinientos pasos de largo, y cuatrocientos sesenta de ancho. Las murallas de la ciudad cierran esta lonja por la parte de Oriente y Mediodía; por la de Occidente la terminan las casas turcas, y por la del Norte las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes.

Doce pórticos puestos á distancias desiguales unos de otros, y tan irregulares como las galerías de la Alhambra, dan entrada á este átrio. Constan estos pórticos de tres ó cuatro arcos, los cuales por algunas partes sostienen un segundo piso, lo que se parece mucho á un acueducto doble. El principal pórtico de estos corresponde á la antigua *Porta speciosa*, conocida por los cristianos por un milagro de San Pedro. En todos estos pórticos hay lámparas.

En medio de este átrio se halla otro mas pequeño que se eleva sobre él como unos seis á siete piés, á manera de un terrado sin balaustres. Este segundo átrio se asegura tiene doscientos pasos de largo y ciento cincuenta de ancho, y se sube á él de los cuatro lados por graderías de mármol, que cada una tiene ocho escalones ó gradas.

En medio de este átrio superior se eleva la famosa mezquita de la Roca. Cerca de ella hay una cisterna que toma el agua de la antigua fuente Scellada (*Fons signatus*),